

Juan D. Vasallo: Fotógrafo y Cineasta de Veracruz, 1871-1948

Por: Lorenzo Rossi

lrossihdz@hotmail.com

Se dice que las primeras cámaras de daguerrotipia llegan a México a finales de 1839.

En el periódico El Cosmopolita, el 26 de febrero de 1840 se rifaba un extraño aparato. Un invento extraño, un invento que detenía el tiempo, era una cámara fotográfica, invento de Louis Jacques Daguerre

Casi cincuenta años después, en una fecha sin precisar, pero que podemos ubicar en la última década del siglo XIX, nuestro personaje, cubano de nacimiento, nos dice Francisco Montellano, se instala en el Puerto de Veracruz acompañado de su primera esposa. Algunos años más tarde y después de intentar diversos trabajos se va perfilando como fotógrafo, primero como alumno de dibujo de Carlos Ritchie y posteriormente de Lucio Díaz, es así que Vasallo se inicia como el fotógrafo que hoy nos convoca.

Me parece que es necesario hacer unas cuantas reflexiones sobre el trabajo de Francisco Montellano y la importancia de que rescatemos la memoria gráfica de un México que hemos perdido y que estamos perdiendo a ojos vista y que solo por medio de acervos fotográficos como el de Vasallo sabemos lo que hemos perdido.

La labor de Montellano reviste inusual importancia y se contrasta fuertemente en un momento en el que la fotografía diletante que invade nuestras vidas a través de las redes sociales y dice mucho de nuestras singulares costumbres, individualistas la mayor parte de ellas, y que solo a través del arduo trabajo de un sociólogo o de un psiquiatra podríamos descifrar el gran vacío de nuestras vidas al tomar tantas autofotos o selfies como les llaman ahora. Buscar en acervos históricos, archivos, anticuarios y dar cuerpo a la obra de un artista, de un escritor o de un fotógrafo como Vasallo, requiere, desde luego conocimiento profundo de causa, de la historia de México, de sus protagonistas y de aquellos que transmiten lo sucedido, por ejemplo, los historiadores y de aquellos muchos que, algunos de forma anónima, detienen el tiempo y nos mandan a una postal, una fotografía y entonces aterrizamos nuestra imaginación y vemos un rostro, un vestido, un entorno, un paisaje y ubicamos una época y le damos a nuestra narrativa un contexto determinado, en el tiempo y el espacio.

Esto es lo que hace mi amigo Francisco Montellano, como se puede ver en su trayectoria, en sus publicaciones. Requiere paciencia y mucho respeto por la historia de nuestro país. Se dice que aquellos pueblos que no conocen su historia están obligados a repetirla y así es. El rescate de la memoria gráfica de una sociedad, de una comunidad, de los sucesos importantes como fue la Revolución de 1910, con sus glorias y sus horrores, como toda guerra, son por nosotros muy conocidos. Tenemos pues una iconografía, fotográfica, de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, pero nos falta la imagen costumbrista, la que nos enseña la vida cotidiana, por ejemplo, una gruta recién descubierta, Vasallo documentó las Grutas de Atoyac, con sus maravillas naturales, obvio decir en qué estado los visitantes la dejaron tiempo después. Un horrendo accidente de ferrocarril que, al publicarse, como sucede hoy, despierta curiosidad y algo de morbo. Hoy vemos esas fotografías y las vemos como detenimiento.

Vemos paisajes y los que tenemos la fortuna de conocerlos en la actualidad no podemos sino ver cómo hemos trastocado nuestros paisajes. Podemos ver la muy hermosa ciudad de Córdoba que hoy está pegada a la de Orizaba en un México prerrevolucionario. La legendaria Fábrica de Río Blanco de la que todos los textos sobre los prolegómenos de la revolución hablan, y que solo por fotos como las de Vasallo conocemos.

Toda imagen tiene un significado, tiene un discurso y, algunas, no carecen de juicios de valor, buenos o malos. Las fotos de Vasallo, las de las plazas, las fábricas, el mercado, las calles, no solo provocan, la nostalgia de lo que ya no hay. Son fotografías sin perjuicios

¿Qué es lo que extrañamos cuando las vemos?

Se me antojan varias cosas, por ejemplo, la transparencia que emana, la vida cotidiana que diáfana transcurre en el día a día. La ausencia del tropel de gente y automóviles, la certeza de que podemos caminar por esas plazas y calles. Del enorme esfuerzo de una pujante clase trabajadora haciendo la vía del ferrocarril.

Quisiera destacar que, por ejemplo, en la ruta del Ferrocarril que iba de Córdoba a Coscomatepec, llamado el Huatusquito, este era manejado por el padre de quien posteriormente se convertiría en uno de los más connotados escritores del teatro de México, quien fue Emilio Carballido, su padre Don Francisco fue el maquinista de esa máquina de hierro que, en cada estación, como los marineros en los puertos, Don Francisco tenía una familia. Vasallo documentó las estaciones de tren ¿será que algún Carballido sale en la foto?

Así es como las fotos nos dan diferencias, y por ellas hacemos otras conexiones que nos dan otros contextos y nos ilustran la vida.

Así enriquecemos nuestro espíritu y nos proyectamos con un sentido de identidad y de pertenencia que solo la foto, la postal, hoy antigua nos puede ofrecer.

Personalmente y por motivos propios, me gustan y me conmueven las fotografías, fotos de estudio de los habitantes originales de México, de sus naturales.

Vasallo no se limitó a la fotografía fija, incursiono en la incipiente cinematográfica en una película que quizá pudo inspirar en el cine mafioso y truculento de Juan Orol. Se trata de la película El Puño de Hierro, melodrama sobre los adictos a las drogas.

Quisiera cerrar esta breve intervención con un agradecimiento a quienes hacen posible que hoy sigamos conociendo fotógrafos como Vasallo, que podamos admirar el testimonio gráfico de épocas pasadas.

A paco por su incansable labor de rescatista de la memoria gráfica y, desde luego, a Juan D. Vasallo por ser fotógrafo.

Gracias

15 de junio de 2019

Cuernavaca, Mórelo, México